

# El Demonio Del Río

Hugo Ríos  
[de su libro "El Demonio del Río"]

preguntaban por "el monstruo rosado de Nicolás".

Avergonzado por las burlas, dejó de frecuentarlos y se recluyó en el silencio. Y buscó de nuevo el pez. Y lo encontró. Y ya no le preocupó el hecho de que iba quedándose sin amigos.

-Escúchame, Nicolás - le dijo su esposa una noche -, hace tiempo que te noto cambiado: dormís inquieto, salís al amanecer hacia las islas y volvés hosco, sin querer hablar. ¿Tenés otra mujer? Suspiró el hombre en la oscuridad del dormitorio y decidió contarle la verdad. Le habló de todos los encuentros que había tenido con el pez, de la necesidad de verlo, de estar con él. Trató de hacerle entender las emociones que le producían los sonidos de aquel lenguaje, y de cuya comprensión estaba cada vez más cerca: su amigo le estaba transmitiendo un mensaje.

Angélica sintió que había llegado el momento de consultar el problema, y le recomendaron una anciana que vivía sola en un monte cercano. Cuando llegó al lugar, un cuzco salió a ladrarle hasta los linderos del patio, y una mujer apoyada en un bastón dijo algo y el perro calló.

-Pasá, Angélica - invitó mientras espanataba una gallina posada sobre la silla, y angélica se preguntó cómo es que sabía su nombre. Buscó los ojos de la anciana entre las arrugas profundas de la cara: "Como surcos de maíz", pensó, y sintió enrojecer sus mejillas al presentir que ella escuchaba sus pensamientos.

Mientras tomaba mate, charlaron de lo que hablan las mujeres antes de entrar en confianza: de la familia, de lo que cuesta vivir y de dolores y penas. Cuando la yerba comenzó a lavarse, Angélica percibía que sus penas no volvían: se quedaban en la mujer, que las guardaba

en silencio.

Tu marido encontró al demonio del río - susurró como si temiera ser escuchada -. Decile que no lo siga viendo.

-¡Vieja bruja! - dijo riendo Nicolás cuando le transmitió la recomendación. Estaba feliz: ese día lo había descubierto retozando en la laguna. Y, acercándose despacio para no espantarlo, le habló, y su propia voz le sonó ajena en el silencio de la mañana. Avergonzado miró alrededor, pero sólo los penachos de los pajonales movidos por la brisa y el chasquido de algún dorado cazando en las correderas alteraban la quietud del paisaje.

Nicolás lo contemplaba maravillado: movimientos y sonidos parecían complementarse y dar sentido a una frase. Cuando simulaba huir, el pez le daba alcance, cercándolo, entrando y saliendo del agua, dando saltos que lo suspendían en el aire, recortándolo fugazmente contra la luminosidad del cielo. Cuando Nicolás lo perseguía, se sumergía para luego reaparecer a un lado u otro de la embarcación. Largo rato jugaron como cachorros, hasta que el ruido de un motor lo espantó.

Desde entonces, deseó estar con él más seguido. "Carajo, si parecemos novios", y sintió que el pensamiento le enrojecía la cara.

La mañana en que logró acariciar el lomo de su amigo, deseó arrojarle al agua y nadar con él. Pero se contuvo: le dio miedo alejarse de la piragua. Fue perdiendo el interés en pescar y se dedicó a cortar paja, para venderla a los fabricantes de techo.

-Ya no hay peces - informó a su esposa. Sin embargo todos los días se internaba en las islas, donde se encontraban enseguida: a diferencia de los primeros tiempos, en que debía rastrearlo por zanjones y lagunas, ahora parecía estar esperándolo. Entonces Nicolás trataba de imitar su lenguaje, pero el sonido seco y vibrante del chasquido no salía de su garganta: cada intento fallido aumentaba su ansiedad por entenderlo. Esperaba, con la certeza del alucinado, el mensaje del pez.

Cuando Angélica lo encontró ensayando ruidos extraños bajo un algarrobo, comprendió que la anciana tenía razón:

el demonio del río lo había atrapado.

Y tuvo miedo.

-Mañana llévame a la casa de mis padres - le dijo.

La primera reacción de Nicolás fue de alivio, y al darse cuenta se avergonzó. Pero la alegría de imaginarse solo borró en seguida la sensación de culpa. Al volver del pueblo, sintió la necesidad de cantar. Acomodó el silbido al ritmo de la pala y buscó la letra en su memoria. Recordó la primera estrofa: "Y de nuevo junto a mí yo te presiento, aferrado cual flor a tu raíz..."

¿Cómo seguía? No pudo continuar: al tomar la curva del río, algo llamó su atención. Le pareció que el agua se agitaba demasiado, y al acercarse lo vio atrapado en una red, tratando de liberarse con movimientos desesperados. Era su pez. Lo reconoció por el tamaño y el color rosado de su lomo.

Sostuvo el cuerpo en la superficie para ayudarlo a respirar, y comenzó a cortar los hilos de la malla, jadeando por el esfuerzo.

Los movimientos del pez dificultaban la tarea. Debió apoyarse contra la borda para levantarlo con los dos brazos y sacarlo del agua. De pronto el pez vio la salida, y de un coletazo se impulsó afuera y dejó a Nicolás sin apoyo: la piragua se dio vuelta y lo arrojó a la red, que lo atrapó bajo la superficie del agua.

Al principio trató de que sus movimientos fuesen tranquilos, para encontrar la salida evitando el pánico. Pero a medida que pasaban los minutos y sus pulmones pugnaban por respirar, lo ganó el terror y se revolvió con manos y piernas queriendo romper la trampa que lo aprisionaba. Sintió el agua entrando en los pulmones a través de sus boqueadas, y después de un instante dejó de luchar. Abrió los ojos... y allí estaba, al alcance de sus manos, girando y moviendo su cuerpo con una gracia que no le había visto nunca. En el silencio que lo rodeaba, oyó, nítidos, los sonidos del pez. Y entendió el mensaje.

Recordó también la estrofa que faltaba: "... y aún sabiendo que a mí mismo yo me entiendo, qué me importa si así vivo tan feliz".

Entonces abrió la boca, y de sus pulmones llenos de agua salió su primer chasquido.

# Poesía

Por Gladys Benz de Pertovt

## PLEGARIA

Afuera la lluvia azota como látigo a la vida y ella escondida en el monte tiembla agobiada y vencida.

El viento gime su pena y en las notas encendidas de una plegaria se agitan las súplicas repetidas.

¡No maltraten mis auroras! vuestras absurdas mentiras hieren mis aires que lloran sangrando por tanta herida.

¡No burlen los sentimientos! el amor no es carne viva que se entrega en todo abuso éste es, sagrada energía.

¡No llenen de luto el aire! que la tormenta sea brisa y los rayos sean luces alumbrando la alegría.

¡No enturbien el agua pura! dejen que corra sin prisa espejando el ancho cielo sobre su cara dolida.

Y ayudemos a la tierra, la madre que nos cobija estrechando fuertes lazos de amor a Dios y a la vida.